

## CAPÍTULO II.

## Paralelo entre el hombre y la mujer.—Cualidades distintivas de esta última.

¿Qué es una mujer? Esta pregunta equivale á una respuesta, porque ya no preguntamos lo que es un hombre. La historia del pasado y del presente lo define. Desde los primeros días del mundo, su representación en la civilización y en la vida se señaló con un carácter evidente, y desde los primeros días también, la mujer ha llevado escrita en su frente la palabra misterio. Está visto por lo tanto que es una cosa distinta de nosotros, supuesto que lo ha sido desde el nacer, y hé aquí lo que debemos aclarar.

A primera vista no se reconoce mas que la similitud de esos dos seres. La mujer, lo mismo que el hombre, tiene un alma inmortal: posee como él los dones de la inteligencia, del cuerpo y del corazón, en el cual reside igualmente el sentimiento de lo bueno, de lo bello y de lo religioso. ¿Dónde se encuentra, pues, la diferencia? ¿Será que todas esas facultades se hallen realmente en la mujer, siendo mas débiles, ó bien que la desigualdad entre ambos deje la superioridad al hombre en algunas cosas y permita dominar á la mujer en otras? Todo el problema versa sobre este punto. La primera suposición proclama, en efecto, de una manera absoluta la inferioridad femenina; mas si la verdad se encuentra en la segunda hipótesis, la causa de la igualdad

puede entrar en liza y obtener triunfo. La larga servidumbre de la mujer solo prueba por sí misma una cosa, y es que, hasta el presente, el mundo ha tenido mas necesidad de las cualidades dominantes del hombre, y que no habia sonado aun la hora propicia á la mujer; pero del hecho de no haber llegado, no puede inferirse que no haya de llegar. Muchos siglos han debido trascurrir para establecer esta simple máxima de buen sentido: todos los franceses son iguales ante la ley! El tardío advenimiento de una idea, léjos de probar su inutilidad ó su injusticia, aboga con frecuencia por su grandeza; los principios de libertad, de caridad y fraternidad, son todos principios modernos, y la mujer tal vez vale tanto mas, cuanto que su causa no ha triunfado todavía.

Vengamos al paralelo y empecemos por el exámen del cuerpo. Entre los animales hay un hecho importante que nos sorprende, á saber: que la superioridad de fuerza, de belleza y salud, unas veces se encuentra en el macho, otras en la hembra. Si la leona debe envidiar al león su formidable cola y su régia melena, si el caballo supera en fuerza á la yegua, si el toro ostenta en su frente poderosa y en su largo cuello los títulos de su natural soberanía, casi toda la familia de las aves de rapiña nos muestra á las hembras superiores á los machos por su energía muscular y su mayor magnitud. La hembra del halcón es mayor que el macho, la del águila mucho mas fuerte, y entre los insectos, las hormigas y las arañas justifican también esa superioridad femenina. Aun en las especies en que el macho tiene mayor

fuerza, no abusa de ella. Yo no sé que exista *señor* ni dueño en los consorcios de los animales, ó mejor, le hay en una sola clase, en aquella en que la hembra es el *señor*, de lo cual nos ofrecen un curioso espectáculo las colmenas de abejas, en las que se ven padres dominados, alimentados, perseguidos y muertos por las madres.

Entre esos modelos diferentes ¿cuál es el que Dios ha escogido para conformar con él la raza humana? Ninguno y todos. En ninguna otra especie se nota ya el predominio de la fuerza masculina; mas en ninguna otra tampoco la gracia y la belleza pertenecen ya exclusivamente al sexo débil.

El cuerpo, en efecto, es un instrumento, un adorno, un intérprete.

Como instrumento, el organismo masculino es mejor que el de la mujer. Las piernas del hombre, mas vigorosas, le trasportan mas léjos y con mayor celeridad: sus brazos musculares levantan y sostienen mas peso; su pecho produce mas fuertes sonidos, y su estómago, consumidor mas enérgico, renueva mejor sus fuerzas. Si consideramos el cuerpo como adorno é intérprete, la comparacion es ventajosa á las mujeres. El cuerpo de la mujer, en el cual comprendo la cara, es mil veces mas elocuente y expresivo, si es lícito hablar así, que el del hombre. La fisonomía y gesto masculinos tienen ciertamente una especial energía de expresion y acento; representan la lengua francesa, precisa, fuerte y ceñida. La persona de la mujer, por el contrario, recuerda la lengua griega, que lo dice todo. Instrumento ma-

ravilloso de finura, riqueza y variedad, se presta á todas las combinaciones. El hombre tiene diez miradas, la mujer ciento: el hombre tiene una sonrisa, la mujer mil. La voz, sobre todo, la voz sonora, á la par que grosera, entre nosotros, tiene en la mujer medios tonos y cuartos de tono, que reproducen, como otros tantos ecos, todas las vibraciones del corazon y de la inteligencia.

Relativamente al cuerpo, el hombre lleva la ventaja por su mayor robustez corporal, y la mujer por su mayor delicadeza. Aquí pues hallamos igualdad en la diferencia.

Pasemos al exámen de su ser espiritual.

Preséntase, ante todo, á nuestra análisis, la inteligencia, es decir, la razon con sus severos atributos, y la imaginacion con su risueño y variable acompañamiento. ¿Hablabamos desde luego de esa razon práctica y de uso cotidiano, que consiste en la disposicion bien entendida de la vida comun, de la cual emanan el espíritu de órden, la prevision en el gobierno interior y el arte de nivelar los ingresos con los gastos?... Definirla es designarla como el patrimonio propio de las mujeres. De ahí puede deducirse que si estuviesen preparadas con una educacion conveniente, introducirian en la administracion de las rentas y en el manejo de los negocios privados una prudencia en los detalles y una precaucion minuciosa, ajena del espíritu varonil. El hombre es mejor especulador que la mujer; la mujer es mejor hombre de negocios que el hombre: el uno sabe ganar mas, la otra conservar mejor. En esto tenemos

tambien igualdad en la diferencia y necesidad de la asociacion. La razon consiste, de la propia suerte, en esa penetracion de inteligencia, que en circunstancias dificiles nos hace escoger el partido mas prudente. El hombre y la mujer muestran cualidades y defectos opuestos. El hombre se deja conducir mas por el cálculo y el interés personal; la mujer por la pasion y el sentimiento; el uno juzga por instinto, el otro por reflexion; él ve lo verdadero; ella, lo siente. Si pedís un consejo á una mujer, os responderá súbitamente con un sí ó con un no, como una chispa al choque del pedernal; pero no la obliqueis á analizar los motivos de su parecer, que tal vez ignora, porque probablemente os alegaria menguadas razones, á pesar de tener razon. Poco avezada al severo ejercicio de la lógica y menos apta, por su naturaleza, para una deducion rigurosa de las ideas, solo es sensata por inspiracion, así como se es poeta. El hombre, por el contrario, tiene por primer fundamento de su buen sentido la reflexion. Consejero seguro, á la par que mas lento, para ilustrarnos necesita instruirse á sí mismo; debe atender al pro y al contra. Solo tiene razon á copia de racionios.

¿Cuál de esos dos buenos sentidos es mas ventajoso? Ni uno ni otro. Separados, se ayudan: unidos, se centuplican.

Tambien depende de la razon esa facultad que nos sirve para conocer á los demás y á nosotros mismos. El conocimiento de los demás tiene dos objetos, los hombres y el hombre, el individuo y la especie. La penetracion de la mujer

no tiene igual para juzgar á los individuos. Los menores movimientos del corazon, las ridiculeces mas ocultas y las pretensiones mas secretas les son tan patentes como los actos exteriores. Todo el sistema de defensa y de dominacion de las mujeres estriba en este conocimiento, tan profundo en ellas, que á veces les basta para equilibrar el imperio de las leyes y de las costumbres. Armada de esta poderosa ciencia, la esposa consigue emanciparse, y la coqueta domina. Apoyada en esta áncora flotante é indestructible, Celimena osa decir á Alcestes su sublime: *A mi no me gusta*. A esto se concreta, no obstante, la sagacidad femenina. La mujer conoce admirablemente á los hombres con quienes trata; mas no conoce al hombre; no se la oculta nada del individuo, pero todo lo encuentra oscuro en la especie. Si se trata, pues, de elevarse á la generalizacion de las ideas individuales, si se quiere investigar las leyes filosóficas del alma humana, ó la exposicion científica de nuestras facultades, ó el conocimiento de los grandes movimientos de una multitud, de una nacion, de una asamblea, la mujer desaparece y se presenta el hombre. El mundo de los hechos está muy presente á la mujer para no ocultarla el mundo de las ideas. Nada lo prueba tanto como el modo de conocerse á sí misma. Las mujeres poseen un conocimiento increíble de sus sentimientos y aun de sus fisonomías. Merced á esa sensibilidad eléctrica, que se impresiona de lo imperceptible, tienen tiempo para sentir mil veces mas que nosotros, y de sentir que sienten: todo el juego de la coquetería, el arte de las

miradas y de las inflexiones de voz y de los gestos, nos muestran en la mujer un ser que está atento á su vida hasta en sus menores detalles. Podria decirse que un espejo invisible para todos las refleja siempre á sus propios ojos, y sin embargo, el *conócete á tí mismo* en su amplio sentido filosófico les es desconocido. No se conoce científicamente; de consiguiente no puede definirse. Y no puede ser de otro modo: el espíritu del análisis excluye casi siempre el de la síntesis: la inteligencia humana es tan imperfecta en su misma grandeza, que á veces su superioridad le sirve de limite. El ilustre Geoffroy Saint-Hilaire fué el sucesor de Buffon por su espíritu sintético y su poderosa comprension de las leyes generales de la naturaleza; por eso no podia alcanzar sin dificultad la ciencia precisa de los hechos individuales en que brillaba el genio analítico de Cuvier, y él lo expresaba con una frase encantadora y profunda. «Es muy raro, decia con esa ingenuidad propia de un grande hombre, que cuando M. Cuvier y yo nos paseamos por la galería de los monos, él vea mil, mientras yo no veo mas que uno.» El uno tiene el genio de lo individual, el otro el del conjunto. Ved ahí la historia del hombre y de la mujer.

Esto nos demuestra que los sistemas metafísicos, las abstracciones, las ideas generales y políticas de patria é igualdad, deben ser indiferentes ó extrañas á las mujeres. Solo hay un medio para hacerlas penetrar en su inteligencia, y es haciéndolas pasar por su corazon: pintad á las mujeres los sufrimientos provenientes de la desigualdad social, y en-

tonces, y solo entonces, se apasionarán por los *derechos del hombre*: lo que para nosotros es justicia, para ellas es caridad. Lo mismo sucede con la idea de Dios. Para los hombres Dios es algo, para las mujeres es alguien: nosotros le esplicamos, le comentamos, y le creamos algunas veces; mas ellas le aman: la mujer, pues, en las ideas completamente abstractas puede elevarse por medio del estudio hasta la razon que comprende; raras veces hasta la razon que crea. No se debe á las mujeres ningun descubrimiento matemático, ni ninguna teoría metafísica. En Grecia, en donde los discípulos del sexo femenino acudian con tanto ardor á las grandes escuelas de filosofía, y donde Pitágoras contaba todo un pueblo de mujeres entre sus adeptos, no salió ni un solo sistema filosófico de la cabeza de una mujer. Inteligentes como intérpretes, y apasionadas como sectarios, sus potencias se detenian y se han detenido siempre allí donde empieza la creacion. Nuestro siglo nos ofrece de ello un brillante ejemplo. Hay entre nosotros una mujer, dotada por la naturaleza de pluma y carácter varoniles, que posee todas las cualidades que al parecer forman el filósofo, á saber, el amor á las ideas generales, el desprecio de las preocupaciones y el sentimiento de la dignidad humana. Indignada contra todo linaje de esclavitudes, su piedad simpática y reformadora se ha interesado en todos los problemas sociales y humanos. Pero ¿ha producido acaso una sola doctrina? No: hasta en su carácter de novelista socialista se ha quedado siendo mujer, es decir, eco, espejo, arpa eólica, reflejando sucesivamente to-

dos los principios de los teóricos que la casualidad ó su instinto le daban á conocer. Detrás de cada uno de sus pensamientos hay un pensador. Una sola cosa en sus sistemas la ha quedado siendo personal: su alma que los siente y su estilo que los expresa. Las mujeres únicamente son filósofos por el corazón.

Este recuerdo nos conduce naturalmente á esa otra facultad del entendimiento que tiene por objeto el estudio de las artes, la imaginación.

Las mujeres son artistas por temperamento. Impresionables como el artista, sus sentimientos son tan susceptibles de afección como los instrumentos que nos marcan las mas leves variaciones atmosféricas. Como al artista, todo lo que brilla las deslumbra; como al artista, el mundo real les pesa, y todavía poseen una cualidad mas eminente: aquel, poseído de entusiasmo, en su amor mismo no ve mas que la gloria, es decir, á sí: la mujer, en la misma gloria no ve mas que el amor, es decir, á otro: así que, parece que todo la llama á ocupar el primer lugar en las artes.

¿De dónde proviene, no obstante, que desde la remota antigüedad hasta nuestros días, no se cite una sola obra grande que esté suscrita con el nombre de una mujer?

En la pintura y escultura, no hay ningun cuadro, ningun paisaje, ninguna estátua inmortal, debida á su mano.

En música, no tenemos ni una sinfonía, ni una ópera, ni una tocala maestra que haya sido compuesta por una mujer.

En el arte dramático, ni una tragedia, ni una comedia verdaderamente célebre.

En la epopeya, el mismo fenómeno; y la historia no cuenta tampoco un Tácito ni un Tucídides femenino.

¿Cómo esplicaremos estos hechos?

¿Por la insuficiencia de la educación femenina? No hay duda que es una de las causas que los han producido, pero no es la única, ni la principal. En efecto, el estudio de la música, por ejemplo, ocupa mas tiempo en la vida de las mujeres que en la nuestra: la carrera teatral está abierta tanto á las actrices como á los actores; y sin embargo, ni el comercio asídúo de las grandes piezas de armonía, ni el contacto perpétuo con el gusto del público, creado, en parte, por Moliere, Shakespeare y Lesage, no han dado á las mujeres el genio dramático ni el musical.

Cumple, pues, ir á buscar la solución del problema en la naturaleza de los seres y de las cosas. ¿En qué se funda el genio dramático? (y cuenta que digo el genio y no el talento). En el conocimiento, no de los hombres únicamente, sino del hombre. Racine lo ha definido una razón sublime; lo que vale tanto como decir que, ni el talento, ni la delicadeza, ni el conocimiento de los individuos, ni la sagaz observación de las ridiculeces de un día, bastan para formar-lo; y que necesita tener por base la facultad poderosa y creadora que se extiende sobre el conjunto de las criaturas humanas. En el dominio de la imaginación, el genio viene á ser lo mismo que la fuerza sintética en filosofía.

¿Qué es lo que constituye la superioridad del historiador? El conocimiento de los grandes acontecimientos políticos ó sociales, la comprensión filosófica de las leyes gene-

rales del alma humana, la apreciación exacta de las pasiones y de los instintos de las masas, y finalmente, el don de desprenderse de su época y de su país, para encarnarse en otros siglos y en otros pueblos, sin dejar por esto de juzgarlos; facultades todas de generalización y abstracción.

¿De dónde proviene la incomparable grandeza de la epopeya? De que entre todas las obras del arte, es la que resume en un solo hecho, una época entera de la civilización, un pueblo, ó una creencia. Es la más poderosa de las síntesis poéticas. Si retrocedemos al análisis moral que hemos intentado, encontramos que las facultades de que se compone el genio son precisamente las que faltan á la naturaleza de las mujeres. Estas, en las formas más elevadas del arte, pueden mostrarse ingeniosas, sensibles y hasta elocuentes; difícilmente superiores. En cambio, ó más bien á consecuencia de la misma ley, hay cuatro géneros secundarios que les prometen brillante éxito: la elegía, la novela, el estilo epistolar y la conversación. En esto resaltan todas sus cualidades, y conviértense en cualidades todos sus defectos.

El poeta, en la elegía, no es un creador que domina, es un esclavo inspirado que obedece: el alma exaltada ó entreciada se entusiasma ó se desahoga. Las mujeres han encontrado en esta poesía del corazón incomparables acentos. Safo no era más que la vibrante voz de un coro encantador de poetas femeninos, orgullo de la Grecia; y en nuestros días, en que la carrera de las letras vuelve á abrirse á las mujeres, el amor y el sentimiento maternal han encontrado

en ellas intérpretes menos sabios, pero tal vez más verdaderos y profundos que en nuestros grandes poetas.

La novela es, respecto á la epopeya y al drama, lo que el individuo respecto á la multitud. Todo lo que es más profundamente personal en cada ser, todo lo que es verdadero, considerado exteriormente y al lado de la verdad general, la variedad, la originalidad, y aun la excentricidad, constituyen su más rico y natural dominio. Lo que busca en el corazón humano son los misterios. Subsiste especialmente por el análisis; y entre las obras maestras de la epopeya doméstica no vacilamos en inscribir la Princesa de Cléves, Corina, Adela de Sénange y á Mauprat.

Las mujeres son nuestros maestros, y deben serlo, en la conversación y en el estilo epistolar. ¿Qué nos representan, en efecto, las cartas y las conversaciones? Una improvisación de sentimientos más bien que de palabras. La sensación hace nacer la frase, la frase á su vez hace nacer la sensación, y cuanto más impensado es el pensamiento del que habla y más comprensible para el que escucha, la conversación tiene mayor atractivo; y viniendo el gesto y las miradas en ayuda del lenguaje, todos esos pequeños mundos de ideas ligeras elevanse al aire, cual burbujas de jabón hinchadas que no pueden cogerse y desaparecen luego que se les aplica la mano, para renacer con nuevos soplos. Este genio es peculiar de las mujeres.

Después de los artistas creadores vienen los artistas intérpretes. Ya sean cómicos, ya cantores, necesitan como primeras cualidades el talento de observación individual,

una flexibilidad de órganos que se preste á todos los movimientos del pensamiento, y sobre todo esa impresionabilidad viva, ardiente y variada, que multiplica, en una proporcion casi increíble, las sensaciones y los signos destinados á representarlas: así es que las mujeres nacen naturalmente mas cómicas que los hombres. La experiencia prueba que todas las grandes cantatrices llegan al apogeo de su talento, antes de los veinte años, ó sea despues de cuatro de estudios, al paso que un gran cantor necesita ocho. Todos hemos visto á una cómica consumada que aun no contaba diez años; y al sexo femenino estaba reservado presentar la maravilla, que hoy admiramos, de una jóven que se ha elevado en pocos meses é instantáneamente á las mas altas sublimidades del arte dramático, á donde Talma, Lekain y Baron llegaron solo á fuerza de constantes esfuerzos y en los últimos años de su edad viril.

Nos falta hablar de una facultad importante de la inteligencia, el don de gozar de las obras del entendimiento y de apreciarlas. El prolongado ocio de las mujeres les ha asegurado siempre una gran parte de influencia en estos juicios; pero ¿es provechosa esta influencia? ¿El gusto de las mujeres es un guia tan seguro como el de los hombres? Sí y no: es un gusto crítico, razonable, razonado, muchas veces elevado, que nace de la cultura de la inteligencia, y crece con el ejercicio de la comparacion; que ora busca principalmente en una obra su relacion con el principio del arte ó con alguna regla de convencion, ora, si el juez es eminente, le trasporta, por decirlo así, á la posteridad y

establece su tribunal fuera de la época. Las mujeres raras veces poseen esta especie de gusto; tienen otro instintivo y reflexivo que no se cura del estilo ni de la habilidad de la composicion, ó que, si lo sienten, no tienen conciencia de ello. La emocion es su guia, su primera necesidad la vida: hace poco caso del pasado y del porvenir, solo existe el presente, ó la conformidad del artista con su época. Tal es el gusto del público, tal es el de las mujeres. Las mas ilustradas, desde el momento en que escuchan son las criadas de Moliere. Heraldos precursores de todas las repulaciones, adivinan en sus primeras palabras al hombre que ha de agrandar á su siglo. Reconocen y saludan en los primeros albores la estrella que conduce á su cuna, y atrayendo á sí á esotro pueblo vivo y entusiasta que se llama la juventud, corren á postrarse con él ante el dios naciente. De esos dos gustos, de esos dos guias ¿cuál debe seguir el genio? Uno y otro. Las grandes obras son las que pertenecen á todos los siglos por su verdad eterna, enlazándose no obstante fuertemente con su época, por la verdad relativa. Ahora bien, agrandar á las mujeres es ser de su época. Un profesor ilustre, que contaba algunas en su auditorio, refiere: que llevado una vez por el desarrollo de las ideas á tratar una cuestion muy delicada, les manifestó que contaba con su ausencia en la próxima leccion. Llega este dia, y observa que en vez de veinte, acudieron ciento. ¿Qué habia de hacer? ¿Hablar como si estuviese ante una asamblea masculina? Corria el riesgo de no ser comprendido, ni oido con gusto. Cambió completamente su plan. Aquella presen-

cia importuna, pero excitante, le sugirió nuevas ideas, felices giros de frase, y presentóse á la vez mas claro é ingenioso: algunas mujeres mas hicieron una obra eminente de una leccion desabrida.

Resumamos: la inteligencia es patrimonio de las mujeres lo mismo que de los hombres, mas bien con cualidades distintas que proporcionales. ¿Y esta diferencia es aquí la igualdad? Claro está que no; porque las mujeres no la tienen sino en las cualidades secundarias: los hombres dominan en las superiores, y es de observar, al propio tiempo, que estas únicamente son propiedad de unos pocos; solo tienen lugar en casos excepcionales y no deben ser consideradas como una necesidad ni como una regla. El genio no es necesario para constituir un ser inteligente; por otra parte, la inteligencia no compone el hombre entero.

Y en verdad ¿no existe por otro lado el carácter?..... Esta palabra, limitándome á sus dos acepciones usuales, significa estado habitual del alma, temperamento, vigor moral.

En cuanto al carácter, las mujeres valen mucho mas ó mucho menos que nosotros. Los hay en tre ellas diabólicos y angelicales. Cuando las mujeres tienen el carácter igual, esta igualdad que solo parece la falta de un defecto, forma un conjunto de virtudes: la gracia, la benevolencia y la compasion son sus necesarias consecuencias. Cuántas cualidades apreciabilísimas en la siguiente frase: *¡un carácter encantador!* Fuerza es confesar que no suele aplicarse mas que á las mujeres. Hay pocos hombres que sepan que la

dulzura es una fuerza; su vanidad se satisface mejor con sus arrebatos: esta desigualdad de genio les parece que revela el hombre fuerte, el Señor; y creerian ser menos hombres, si fuesen suaves. En cambio, el vigor moral, que me permitiré llamar poder ejecutivo, siendo naturalmente mas débil en la mujer, aun se debilita por su educacion. Con todo, no neguemos el valor á las mujeres pues ellas tienen el suyo, así como tenemos el nuestro, y ciertamente no es de menor importancia, ni de aplicacion menos útil, ni menos comun. Si se trata de desafiar un peligro y de derramar su sangre, el hombre se lanza y la mujer tiembla; es el valor activo y externo, pero el hombre no sabe sufrir ni resignarse; las enfermedades le abaten, las pérdidas de fortuna le anonadan, y aquí es donde triunfan las mujeres. Conformadas con la desgracia, no solo soportan sus males, sino que sobrellevan los de los demás. La mitad de los hombres se sostienen merced á la cariñosa mano de una mujer; las mujeres son las que animan al comerciante abatido y al artista desanimado: con la muerte en el corazon, se sonrien para hacerles sonreir, y representan á la vez la resignacion y la esperanza: representan, sobre todo, esta cualidad fundamental, con la cual terminaremos nuestro rápido análisis, el corazon.

El corazon no tiene necesidad de ser definido; el que siente esta palabra la comprende, y todo el mundo la siente, porque abraza todas las afecciones que hacen del hombre un hijo, un padre, un hermano, un amante, un marido, un hombre. En cuanto al amor filial, añadamos un solo rasgo á lo que

acerca de él hemos dicho (1): el tipo de Antígona no tiene igual entre los hijos.

Respecto al amor maternal, basta también una palabra. Todas las lenguas antiguas y modernas expresan con la misma denominación, y sin distinción de sexos, la afección del hermano ó de la hermana, del esposo ó de la esposa, del joven ó de la joven, de la hija ó del hijo, mas la ternura de una madre por sus hijos se distingue por un carácter tan personal, que todos los idiomas le han consagrado un nombre particular; lo mismo en el Mediodía que en el Norte, lo propio en latín que en francés, en español etc., dicese el amor paternal y el amor maternal. Este sentimiento debe de tener, por otra parte, una energía muy natural, puesto que se encuentra hasta en el corazón de las niñas. Una muchacha de cinco años, encargada en una sala de asilo de vigilar á otras niñas todavía mas jóvenes, lloraba delante de la directora, y preguntándole esta la causa de sus lágrimas, respondió: *mis hijas no se portan bien*. Si hubiese sido un niño (añadió la inspectora que me referia este hecho) hubiera dicho *mis discipulos*; y probablemente les habria dado de cachetes en vez de llorar por ellos. La ternura conyugal tiene heroínas, al paso que no se conocen héroes. ¡Qué modelos pueden los hombres oponer á Alcesta, á Eponina y á la señora de Lavalette! Este amor es tan natural también en el corazón de las mujeres, que, aunque sea extinguido por otra pasión, acostumbra renacer si el marido corre un peligro.

(1) Libro I. De la hija.

Vense mujeres infieles, sentadas á la cabecera de la cama del esposo enfermo y engañado, consagrándole días y noches, olvidando al que aman, y no sufre por aquel á quien no aman y está padeciendo. Podrá ser que un marido se bata por su mujer, aunque le sea indiferente, pero es su orgullo lo que la defiende, no su corazón.

La amistad fraternal, desde que la igualdad de las herencias ha hecho desaparecer celosas rivalidades, ofrece modelos igualmente encantadores entre el hermano y la hermana. Según sea la ventaja que los años den al uno ó al otro, el papel de protector cambia de carácter, sin perder nada de su gracia. El hermano protege á fuer de caballero; la hermana á fuer de madre. Su amistad tiene un sexo sin participar de los sentidos.

Por lo que toca á la caridad, nadie se atreve á disputar la superioridad á las mujeres, á las cuales es inherente. El hombre que da, no da mas que su oro, la mujer añade su corazón. Un doblon, en manos de una buena mujer, alivia mas pobres que dos en manos de un hombre: la caridad femenina renueva cada día el milagro de la multiplicación de los panes.

Viene finalmente el amor. Una sola frase establece ya un abismo entre el hombre y la mujer que aman: esta dice: *Soy tuya*; aquel expresa: *Yo la poseo*. Es la diferencia del que da al que recibe. Analicemos nuestros amores masculinos de un modo severo, y encontraremos muchos elementos ajenos al amor; la vanidad y el deseo sensual dejan á la pasión poco mas de una cuarta parte de nuestra alma, pres-

cindiendo de que en este resto de sí misma, siempre hay un lugar para los sueños de gloria y ambición. El artista, el sabio, el especulador, permanecen tales siendo amantes; al lado de la mujer amada es donde van á llorar sus culpas ó á enorgullecerse de sus triunfos, pero lo cierto es que se enorgullecen ellos ó los deploran. La mujer que ama no puede hacer mas que amar. Moliere ha encontrado dos combinaciones de carácter en Harpagon, á quien pinta enamorado aunque avaro, y deja avaro aunque enamorado. A haber escogido por tipo á una mujer, hubiera debido hacer sucumbir la avaricia ante el amor. El amor, en verdad, se arraiga tan profundamente en el alma de las mujeres, que la llena del todo y hasta la regenera. Si una mujer coqueta ama, desaparece la coquetería; si una mujer voluble ama, desaparece la volubilidad. Hanse visto mujeres deshonradas por sus actos de vida licenciosa, recobrar hasta su pudor y las delicadezas del amor, merced á una pasión profunda. Mas si un hombre corrompido se apasiona de una jóven pura ¿qué hace? En vez de purificarse como ella, la corrompe como él. Las mujeres encuentran todas las virtudes en el amor: nosotros solemos introducir en el nuestro los vicios que tenemos. Si á un hombre enamorado la casualidad ó el capricho le presenta otra mujer á quien no ama, pero de una belleza ó posición que halague su vanidad, bendecirá su cambio y lo aprovechará: una mujer que verdaderamente ame lo rechazará con horror, aunque se trate de un héroe, de un soberano. Las hay que han preferido la muerte á semejante suplicio. La historia cita á va-

rias que se han entregado al objeto de su odio, para salvar el de su amor; y la imparcialidad estadística comprueba que, de veinte jóvenes de diez y ocho años condenadas por robo, diez y nueve lo cometen para enriquecer á sus amantes. Ultimamente, un postrer testimonio viene á mostrarnos el particular imperio de la pasión en las mujeres. El amor existe ¡quién lo creyera! hasta en el corazón de las prostitutas. Su austero y sombrío historiador (1) cita, entre ellas, ejemplos de pasión, que se elevan aun mas allá del heroísmo, hasta la delicadeza. Saben crearse una especie de fidelidad para el objeto amado: en aquel completo abandono de su persona, en aquel venal comercio de manifestaciones y expresión de ternura, acostumbran reservar ciertas señales para el que aman, y consiste ¡cosa admirable! en una casta y tierna insinuación, en un apretón de mano, en una preferencia casi virginal, y una vez concedida esa parte de amor, nada pudiera hacerla entregar á otro. Este último rasgo nos revela un nuevo misterio de la organización femenina; la necesidad imperiosa del idealismo del amor y la subordinación casi constante de la pasión física á la pasión moral. Para el hombre, el cuerpo lo es casi todo en las relaciones de los sexos; para las mujeres, el alma es la soberana.

De esta suerte, hay ventaja para el varón en el dominio intelectual, contrapesada por el carácter y supremacía para las mujeres en todo lo relativo al corazón. El

(1) Parent-Duchatelet, t. II.

corazon es el que hace de esas criaturas tan delicadas, infatigables enfermeras; una mujer prolonga entonces sus velas, durante muchas noches sucesivas, mientras que el hombre mas robusto, perdiendo algunas horas de sueño, se duerme cerca del moribundo. Es el corazon el que les inspira esas sublimes delicadezas que nunca experimentaremos nosotros. Mma. de Chantrel, en el momento de ser madre, ve á su adorado esposo herido mortalmente en una cacería, por la imprudencia de uno de sus parientes. Desesperado ese jóven, quiere suicidarse: madama de Chantrel lo sabe y le hace anunciar por el cura del pueblo, que le ha elegido para ser padrino de la criatura que debe dar á luz. Una pobre trabajadora llevada á un hospital, á causa de una parálisis de la laringe, que le privaba de hablar, derramaba abundantes lágrimas y no podia contener sus sollozos. El médico mayor la sometia á un riguroso tratamiento que fué por largo tiempo inútil. Llega por último un dia en que, probando segun costumbre, á poner en movimiento su garganta rebelde, sale de ella una palabra; habla, y es salvada: ¿y qué hace? ¿llamar á sus compañeras de infortunio y decirles yo hablo para oír ella misma el sonido de su propia voz? No: permaneció callada. Al cabo de seis ó siete horas, las hermanas le traen su alimento y continúa silenciosa: solo de vez en cuando, cubriendo su cabeza con la ropa de la cama, se asegura de su curacion, pronunciando algunas palabras en voz baja. Abrese al fin la puerta, entra el médico acercándose á la cama, y entonces, con la sonrisa en

los labios y los ojos anegados en lágrimas: *Señor, le dice, yo hablo y he querido guardar mi primera palabra para mi salvador.* Solo una mujer podia expresarse así, porque de ellas es el imperio del corazon. Ahora bien: ¿qué es lo que pesa mas en la balanza divina y en la balanza humana? ¿qué es lo que vale mas para el perfeccionamiento del hombre y la felicidad de la tierra, la inteligencia ó el corazon?... Amar es pensar: pensar no es amar! ¿Qué son todos los sistemas de filosofía, todas las utopias sociales, todas las utopias políticas y todas las creaciones del genio, obras á menudo pasajeras, que aunque sublimes hoy, quizás serán estériles ó ridículas mañana; qué son al lado de esta adorable é inmutable virtud, que no tiene edad ni fecha, y que por sí sola nos acerca realmente á Dios, la ternura! Si el genio desapareciese del mundo, quedaria siempre siendo objeto de las miradas de su Criador, mas si se extinguiesen el amor y la caridad, la tierra seria el infierno. Santa Teresa lo ha dicho con sublimes palabras: *¡Cuánto compadezco á los demonios, porque no aman!*

Queda terminado nuestra análisis, y si no estamos preocupados, resulta de él lo mismo que del estudio de la historia, esta verdad evidente, á saber, que la mujer es igual al hombre, igual y diferente. Su mision, pues, lo propio que su naturaleza, debe ser igual y diferente. Ciertos cargos domésticos y la mayor parte de los sociales, requieren cualidades masculinas; quererlos confiar á las mujeres, seria rebajarlas, condenándolas forzosamente á la inferioridad; pero las cualidades femeninas reclaman á su vez ciertos